

LA FUERTE MANO DE PLUTÓN

Sobre la Fábrica Olivetti de Luigi Cosenza en Nápoles

No es fácil resumir la labor de un creador en una sólo obra. Pero sí es verdad que muchas veces asociamos de manera inmediata el nombre de un artista a una sólo de sus creaciones, la que creemos más representativa. Y así se identifica a Velázquez con Las Meninas o a Goya con la Maja desnuda. Aunque yo particularmente, identifique al primero con su Venus del Espejo de la National Gallery de Londres o al segundo con su Perro enterrado en la arena del Museo del Prado de Madrid. Y a Mies van der Rohe se le recuerda por su Farnsworth House y a Le Corbusier por su Ville Savoie más que por sus obras más grandes.

Y si del arquitecto italiano Luigi Cosenza hubiera que elegir una obra capaz de representarle, yo elegiría su Olivetti de Pozzuoli, en Nápoles. Y si de las muchas cualidades que esta obra tiene, tuviera que destacar sólo una, yo hablaría de su ejemplar implantación en el sitio, de su estupendo entendimiento del lugar. Quizás sea ésta la primera condición que se debe exigir a cualquier arquitectura que, siempre está construída en un lugar concreto.

Cuando visité por vez primera la Olivetti de Cosenza, posada sobre la colina que bordea la Via Domitiana, entendí todo esto perfectamente. E inmediatamente vino a mi mente la maestría con la que otro italiano, Bernini, en su Plutón y Perséfone hace que la mano fuerte de Plutón toque la trémula carne de Perséfone en esa prodigiosa escultura que siempre me conmueve profundamente. Tan bien colocada está.

Recuerdo con claridad cuando en uno de mis viajes a Roma fui por vez primera a la Galleria Borghese. Algo que se debe hacer desde el primer día. Y allí descubrí de una manera nueva, palpable, al Bernini escultor universal. El mismo Bernini al que ya me había convertido como arquitecto hacía tanto tiempo. Frente a aquel rapto de Perséfone por Neptuno sentí una emoción difícilmente descriptible. ¿Cómo pudo aquel piadoso Gian Lorenzo Bernini de los demonios hacer que aquel frígido mármol fuera capaz de latir con tan cálido pálpito? Como en la Arquitectura, en la escultura hay siempre, debe haberlo, un momento fuerte. El punto álgido, divino en que la mano derecha de Plutón aprieta la mórbida carne del muslo izquierdo de la angustiada Perséfone, es sin duda un punto culminante de la Historia de la Escultura de todos los tiempos.

Y repito que todo esto me vino a la cabeza con claridad en mi primera visita en directo a la Olivetti de Cosenza. Se despertó mi admiración por cómo estaba colocado aquel conjunto de edificios sobre la colina de la Via Domitiana. Con la misma sabiduría de Bernini. No en vano Bernini y Cosenza habían nacido, los dos, en Nápoles. Claro que yo no sé si sería por eso por lo que al igual que Bernini completa aquel grupo escultórico con un león, también Cosenza en un período de su vida tuvo a sus pies también un león, esta vez de verdad, en su propia casa.

Tras mi última conferencia en el preciosísimo Teatrino de Corte del Palacio Real de Nápoles, Anna María Cafiero y Gianni Cosenza me contaban cómo su padre había dedicado tantísimo tiempo a la decisión del lugar preciso donde establecer los distintos planos sobre los que sabiamente asentó el edificio. Reconociendo palmo a palmo la colina, como los griegos lo hicieran en la Acrópolis, que algo de Acrópolis tiene ese conjunto. En vez de hacer lo que tantas veces hizo el Movimiento Moderno estableciendo una y única y radical explanación. Tuve ocasión de conocer la Olivetti a fondo con ocasión de mi participación en el Jurado del prestigioso Premio Cosenza, en el 2000, cuando pasó a tener carácter internacional, al desaparecer el Premio Palladio. Aquel año se lo dimos a los Aires Mateus unos jóvenes arquitectos portugueses de primera que desde entonces no han dejado de seguir ascendiendo. Allí estaban también entre otros, Mario Botta, Vittorio Magnago Lampugnani por entonces Director de la ETH de Zurich donde yo fuera Gastdozent durante todo el Curso 89-90, y Benedetto Gravagnuolo hoy Director de la Escuela de Arquitectura de Nápoles y cuyo libro sobre Loos he recomendado tantas veces a mis alumnos.

Adriano Olivetti, tras el éxito del edificio de Milán que le hicieron con tanto acierto Figini y Pollini, en vez de repetir con los mismos arquitectos, le encarga a Luigi Cosenza en 1950 la nueva Fábrica de Ivrea. (*A Napoli si poteva fare benissimo una fabbrica moderna*). Tal era el prestigio de nuestro arquitecto napolitano. Y Luigi Cosenza, con su habitual parsimonia, proyecta y levanta entre 1951 y 1952 un edificio en el que no sólo cuida los aspectos espaciales y constructivos sino que es también un edificio modélico en su género desde el punto de vista funcional. Y logra construir un edificio que es muy avanzado en todos sus aspectos. Incluido el social.

Funcionalmente se resuelve con una serie de edificios independientes muy bien articulados que permiten su adaptación a los diferentes niveles del terreno en pendiente. Es especialmente interesante la sección constructiva resuelta con enorme ingenio y que responde con sencillez a los diversos requerimientos climáticos.

Formalmente la Fábrica Olivetti de Cosenza pertenece a la mejor arquitectura racionalista italiana. Más temperada que la de Terragni, menos radical, y más adecuada que la de Figini y Pollini, menos compacta. La obra de Cosenza, y de una manera especial esta Fábrica Olivetti, es un *capolavoro* de la Arquitectura italiana de aquel periodo que llamamos racionalista y que con el paso del tiempo se manifiesta de una calidad indiscutible.

La conclusión es que nos encontramos ante una de las figuras más importantes, imprescindible de la Arquitectura del Movimiento Moderno en

Europa. Uno de los maestros cuya obra no sólo ha resistido el paso del tiempo sino que ese tiempo ha puesto en valor su gran calidad. Esa alta calidad que incluso en lo humano se trasluce en ese perspicaz retrato que Mimo Jodice hace de Luigi Cosenza, un verdadero maestro.